

*Via Crucis: la «contemporaneidad»
del cristiano con Cristo**

Cornelio Fabro

El tema de la Pasión del Señor es uno de los motivos constantes de la espiritualidad del fundador del Opus Dei: al exponer uno de sus argumentos predilectos, el de la libertad del cristiano –como he recordado con ocasión de su muerte¹–, mira a la Cruz estimulando a los fieles a salir al mar abierto de la vida eclesial «con la libertad de los hijos de Dios, que Jesucristo nos ha ganado muriendo sobre el madero de la Cruz»².

Una manera nueva –nueva en la actividad y antigua en la espiritualidad– de tender a la santidad y llevar el anuncio de la salvación (en una

* Traducción del original italiano al español de Miguel Ángel Garrido y Armando Pego. Las citas de Escrivá remiten a la 2.ª edición de *Via Crucis* (Madrid, Rialp, 1981).

1. Cfr. Cornelio FABRO, *Un maestro di libertà cristiana*, en «L'Osservatore Romano», 2 de julio de 1977.

2. *Amigos de Dios*, n. 297.

época, como es la nuestra, sin Dios), que encamina al leño que ha sostenido a los mártires y que ha iluminado a los santos de todos los tiempos: la Cruz de Cristo, golfo místico de cada alma cristiana que mira más allá del tiempo y está «en camino» hacia la eternidad. Un tema duro para el mundo, y quizá también para muchos cristianos de nuestros tiempos dados a las componendas: amar la Cruz, soportar todo el cortejo de tribulaciones que ofrece la vida, es un don de Dios, casi el aroma de una rosa que el Padre celestial hace florecer en el desierto turbulento de la vida moderna. Sin embargo, para el cristiano la Cruz es la *via regia* de la salvación: hoy para Mons. Escrivá, como ayer para el inspirado autor de la *Imitación de Cristo*.

«Contemplativos en la acción y activos en la contemplación» puede ser el lema de la Obra y de este humilde sacerdote arrastrado por el Espíritu Santo, como hace casi ocho siglos lo fue san Francisco que –marcado con las Llagas de Cristo– fue llamado a sostener la tambaleante «Casa de Dios». Trazando el itinerario de una robusta vida interior, Mons. Escrivá exhorta con afectuosa comprensión a la vez que con mística osadía: «Métete en las llagas de Cristo crucificado. Allí aprenderás a guardar tus sentidos, tendrás vida interior, y ofrecerás al Padre de continuo los dolores del Señor y los de María, para pagar

por tus deudas y por todas las deudas de los hombres»³.

Y he aquí el texto con el que su sucesor en la dirección del Opus Dei, Mons. Álvaro del Portillo, presenta el *Via Crucis*, obra ésta que es también recopilación de sus predicaciones y conversaciones familiares: «Por eso, aconsejo siempre la lectura de libros que narran la Pasión del Señor. Esos escritos, llenos de sincera piedad, nos traen a la mente al Hijo de Dios, Hombre como nosotros y Dios verdadero, que ama y que sufre en su carne por la Redención del mundo»⁴.

«CONTEMPORANEIDAD» CON CRISTO

Este *Via Crucis* nos introduce en el jardín donde florecen las flores de la compunción del corazón, la cual, fundada en la meditación de la Pasión de Cristo, informa desde el interior la espiritualidad que Dios ha querido para el Opus Dei. La puesta al día de la vida del cristiano en el mundo contemporáneo es la «contemporaneidad» con Cristo, con su Cruz, la cual, según Mons. Escrivá –y también esto es una vuelta a los orígenes de la espiritualidad cristiana que a me-

3. *Camino*, n. 288.

4. *Amigos de Dios*, n. 299.

nudo recuerda el sonoro timbre de santa Catalina de Siena–, si ha sido tan dolorosa para Él, se ha convertido para nosotros en fuente de felicidad: «Piensa que Dios te quiere contento y que, si tú pones de tu parte lo que puedes, serás feliz, muy feliz, felicísimo, aunque en ningún momento te falte la Cruz»⁵. Y también con orgullo: «Pero esa Cruz ya no es un patíbulo, sino el trono desde el que reina Cristo»⁶. Y con Jesús viene María, el otro gran amor de Mons. Escrivá: «Y a su lado, su Madre, Madre nuestra también. La Virgen Santa te alcanzará la fortaleza que necesitas para marchar con decisión tras los pasos de su Hijo»⁷.

Una atmósfera de serenidad y de confianza en Dios, casi un aroma de «dolor de amor», como leemos otra vez en la «Presentación»: un «nuevo estilo» de espiritualidad, o sea, de tender a la perfección.

Somos conscientes de que nuestra expresión cojea; es, en verdad, notoriamente impropia; no obstante, quiere captar la originalidad – y ésta es innegable– de la espiritualidad del autor, que consiste en no querer ser original, con el fin de atenerse, *sine glossa*, al Evangelio, para conformarse, como el Apóstol, a Cristo crucificado.

5. *Amigos de Dios*, n. 141.

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*.

LA FUENTE EVANGÉLICA

Ahora no queda sino remitir al lector al texto, que estaba hasta ahora inédito, que pasa revista a las catorce estaciones del *Via Crucis* según el orden tradicional. (I. Jesús es condenado a muerte; II. Jesús es cargado con la Cruz, etc). Precede al desarrollo de cada estación una robusta y, a menudo, emocionante meditación del misterio particular de dolor, presente en aquel momento del itinerario de Jesús hacia el Calvario, que la edición presenta en caracteres más grandes; siguen los «Puntos de meditación» (siempre en número de cinco). La única fuente, casi una presencia continua en filigrana, es el texto del Evangelio y de los Profetas, puesto que el autor intenta mostrar el hilo de continuidad de los dos Testamentos, que encuentran en Cristo y, en particular, en su Pasión y Muerte su exacta sutura espiritual. Ninguna interferencia de otras citas pías y doctas, y ni siquiera –aunque pueda sorprender– añadidos o indicaciones de plegarias, invocaciones...; solamente meditación, porque la contemplación del misterio de dolor que el Hijo de Dios ha afrontado por nosotros debe colmar toda el alma. He aquí lo esencialmente edificante. Cada comentario se vuelve superfluo, más aún, perjudicaría; como en los mejores textos de la mística, también aquí la única clave

de lectura es el recogimiento. Por eso, bastarán unas pocas sucintas indicaciones.

Impresiona sobre todo la insistencia en el tema del *pecado*: «Hombres, sí, pero con horror al pecado grave. Hombres que abominan de las faltas veniales, y que, si experimentan cada día su flaqueza, saben también de la fortaleza de Dios» (VI estación, n. 3). Y aun: «La debilidad del cuerpo y la amargura del alma [son los «dolores mentales» de Cristo en la terminología tradicional] han hecho que Jesús caiga de nuevo. Todos los pecados de los hombres –los míos también– pesan sobre su Humanidad Santísima» (VII estación). De entre estos dolores emerge la soledad, el abandono en el que Jesús es dejado: «[Ante Pilato] Jesús está solo. Quedan lejanos aquellos días en que la palabra del Hombre-Dios ponía luz y esperanza en los corazones, aquellas largas procesiones de enfermos que eran curados, los clamores triunfales de Jerusalén cuando llegó el Señor montado en un manso pollino» (I estación). Y mientras Jesús espera ser crucificado: « Es el expolio, el despojo, la pobreza más absoluta. Nada ha quedado al Señor, sino un madero» (X estación). Y después de la crucifixión: «Con Jesús quedan sólo su madre, unas mujeres y un adolescente. Los apóstoles, ¿dónde están? ¿Y los que fueron curados de sus enfermedades: los cojos, los ciegos, los leprosos?... ¿Y los que

le aclamaron?... ¡Nadie responde! Cristo, rodeado de silencio» (XII estación, n. 2).

Y, antes, en la IX estación: «Todos contra Él...: los de la ciudad y los extranjeros, y los fariseos y los soldados y los príncipes de los sacerdotes... Todos verdugos. Su Madre –mi Madre–, María, llora» (IX estación). Y concluye exclamando: «¡Dios mío!, que odie el pecado, y me una a Ti, abrazándome a la Santa Cruz, para cumplir a mi vez tu Voluntad amabilísima» (IX estación). Y aún una efusión de amor a Cristo crucificado, el *triumphus crucis* de Mons. Escrivá: «Amo tanto a Cristo en la Cruz, que cada crucifijo es como un reproche cariñoso de mi Dios [...]. Yo pidiéndote, y tú... negándome» (XI estación, n. 2). Sigue la exclamación: «¡Qué hermosas esas cruces en las cumbres de los montes, en lo alto de los grandes monumentos, en el pináculo de las catedrales!... Pero la Cruz hay que insertarla también en las entrañas del mundo» (XI estación, n. 3). De aquí el proyecto, propio de un san Pablo de hoy: «Jesús quiere ser levantado en alto, ahí: en el ruido de las fábricas y de los talleres, en el silencio de las bibliotecas, en el fragor de las calles, en la quietud de los campos, en la intimidad de las familias, en las asambleas, en los estadios... Allí donde un cristiano gaste su vida honradamente, debe poner con su amor la Cruz de Cristo, que atrae a Sí todas las cosas» (ibídem).

UNA CONFIDENCIA AUTOBIOGRÁFICA

Es el estilo de alguien que sabe ver de lejos, divisando a Cristo presente de principio a fin en el abismo de los siglos que corren; es el estilo de quien ha ofrecido la propia vida sacerdotal para gastarla por los hermanos en la irradiación de la Cruz. Se lo había dicho a Jesús él mismo explícitamente con seria entrega y humilde conmoción: «... Soy tuyo, y me entrego a Ti, y me clavo en la Cruz voluntariamente, para ser en las encrucijadas del mundo un alma dedicada a Ti, a tu gloria, a la Redención, a la corredención de la humanidad entera» (XI estación). Dios le ha concedido la satisfacción –concedida a pocos, a muy pocos, incluso entre los fundadores que han abierto con mayor ímpetu del Espíritu camino a Cristo y a la Iglesia en la maraña de la historia del mundo– de ver al Opus Dei presente hoy en todas las sendas, en las llanuras y en los montes del hombre contemporáneo, y ya en todos los continentes.

El secreto de tanta eficacia sobrenatural es observado, con pudor y agradecida alegría, dentro de la meditación de la crucifixión de Jesús que estamos leyendo y constituye un *ritornello* del tema esencial de su vida de sacerdote y fundador: «Después de tantos años, aquel sacerdote hizo un descubrimiento maravilloso: compren-

dió que la Santa Misa es verdadero trabajo: *operatio Dei*, trabajo de Dios. Y ese día, al celebrarla, experimentó dolor, alegría y cansancio. Sintió en su carne el agotamiento de una labor divina» (XI estación, n. 4). Ahora se perfila en el horizonte del alma, asustada, pero confiada, el deseado consuelo: «A Cristo también le costó esfuerzo la primera Misa: la Cruz» (ibídem). De pronto, el alma se enciende en la luz del Signo de la salvación y prorrumpe en una invitación de amor: «Antes de empezar a trabajar, pon en la mesa o junto a los útiles de tu labor, un crucifijo. De cuando en cuando échale una mirada... Cuando llegue la fatiga, los ojos te irán a Jesús y hallarás nueva fuerza para proseguir en tu empeño» (XI estación, n. 5). He aquí el secreto del amor, la certeza del puerto de salvación que no decepciona: «Porque ese crucifijo es más que el retrato de una persona querida –los padres, los hijos, la mujer, la novia...–; Él es todo: tu Padre, tu Hermano, tu Amigo, tu Dios, y el Amor de tus amores» (ibídem). ¡Es su testamento espiritual!

«*IN MEMORIA CORDIS*»

Mons. Escrivá quedará en la historia de la espiritualidad cristiana junto a san Pablo, el apóstol del Nombre de Jesús y de su Cruz; san

Bernardino, el cantor del Nombre de Jesús; santa Teresa de Jesús, que ha encontrado en su Nombre la transfiguración en Cristo de su alma, ardiente como la tierra de Castilla; la estática estigmatizada Gema Galgani, que ilumina con el nombre de Jesús cada línea de sus cartas y del relato de sus éxtasis...

En la Obra fundada por Mons. Escrivá, que ha crecido y se expande en la Iglesia como el granito de mostaza del Evangelio, se anuncia una nueva primavera: todo se convierte en «testimonio» de la Cruz de Jesús, continuo pálpito de amor por su Nombre. Es así como, incluso antes del Vaticano II, Escrivá ha concebido, con ímpetu profético, el puesto en primera línea –con la guía de la jerarquía– del apostolado de los laicos, con una vocación auténtica a la santidad.

Por esto, dejamos ahora al lector atento proseguir la lectura: no solamente con los ojos, sino ojalá que en voz baja, haciendo de vez en cuando un alto con la mente o con el corazón... para gustar *in memoria cordis* la delicadeza fuerte y la dulzura heroica de este mensaje tan insólito en la babel de la publicística religiosa de nuestro tiempo.

Es un mensaje, repetimos, de alta mística, pero de compromiso práctico y al alcance de todos: es la luz de una nueva mañana que avanza

hacia el día de la Iglesia del futuro. Es la enseñanza de la tercera caída de Jesús bajo el peso de la Cruz: «Humildad de Jesús. Anonadamiento de Dios [He aquí la auténtica *kénosis* como garantía de salvación y gracia de tener al lado el Modelo] que nos levanta y ensalza» (IX estación, n. 1). Es ahora un resplandor de fuego para una nueva Pentecostés de amor: «¿Entiendes ahora por qué te aconsejé que pusieras tu corazón en el suelo para que los demás pisen blando?» (ibídem). ¿Cómo? Viviendo la Pasión del Señor: la solidaridad de amor con Cristo nace de la participación con su dolor. Él inocente y nosotros pecadores: «Ahora comprendes cuánto has hecho sufrir a Jesús, y te llenas de dolor» (IX estación, n. 5).

FE Y ARTE CRISTIANO

Una última cita aún. Meditando la muerte de Cristo en la Cruz, brota la invitación a mirar a lo alto: «Procúrate cobijo en las llagas de sus manos, de sus pies, de su costado. Y se renovará tu voluntad de recomenzar, y reemprenderás el camino con mayor decisión y eficacia» (XII estación, n. 2). Y no teme condenar: «una falsa ascética [y se podría añadir también una «representación del Crucificado» que se encuentra frecuentemente en las iglesias y pinacotecas de España] que presenta

al Señor en la Cruz rabioso, rebelde» (XII estación, n. 3), como el *Cristo muerto* de Holbein el Joven, todo horror y espanto (evocado por Dostoievski en *Los hermanos Karamazov*) que amenaza a los hombres. Y es quizá la primera y la única vez que el autor se manifiesta con una protesta airada, pero es una protesta de amor: «Esos no conocen el espíritu de Cristo. Sufrió todo lo que pudo –¡y por ser Dios, podía tanto!–; pero amaba más de lo que padecía... Y después de muerto, consintió que una lanza abriera otra llaga, para que tú y yo encontrásemos refugio junto a su Corazón amabilísimo» (ibídem).

El editor ha acompañado el texto con la reproducción en color del conmovedor *Via Crucis* de Giandomenico Tiépolo en San Polo de Venecia⁸, que no tiene igual en el arte cristiano: Cristo, con un rostro todavía juvenil y adornado de suprema dulzura, atrae hacia sí la mirada de amigos y enemigos, y a todos muestra un gesto de su Amor. Quizá no se podía encontrar un comentario más plástico e intenso para los ojos que creen: sólo la gran *Crucifixión* de Tintoretto en la Scuola di San Rocco puede resistir la com-

8. Se trata de la edición italiana que maneja Fabro. En la castellana de referencia, sólo es de Tiépolo la escena de la crucifixión que figura en la portada. Las demás son de Vicente López (1772-1850). [Nota de los traductores].

paración. Pero aquí la grandiosidad y dramaticidad de la representación la vuelve agresiva, casi para conducir a la desesperación: no así Giandomenico Tiépolo, que compone los grupos humanos en torno a Cristo, de hombres y mujeres, de pequeños y mayores, de amigos y enemigos, en actitud de similar sorpresa atónita, aunque con opuestos sentimientos.

Así, el texto de Mons. Escrivá se ilumina en los lienzos de Giandomenico Tiépolo con la fascinación deslumbrante de la vida veneciana del Setecientos; y ésta, a su vez, y con ella el drama de la vida del hombre, muestra cómo el arte de la fe (que es la fe del arte) puede encontrarse con el mensaje de consolación y de compromiso a través de la fe de un sacerdote santo. El arte cristiano, el que se ilumina con la fe como el de Tiépolo, llega mucho más allá que la filosofía, porque mira a Cristo con los ojos del amor y sabe expresar en la figuración la trascendencia de una esperanza de suprema consolación que se ofrece a cada hombre: también al hombre de hoy en camino, ensordecido por el fragor de las máquinas e insidiado por las trampas de la política atea. Un libro, pues, de meditación singular (un pronuario para el hombre de hoy), que exige la escucha existencial desde el fondo del alma, que busca, mirando a la Cruz, el itinerario que lleva al océano misterioso del amor eterno.